

10. EL CARRO: NOS LLEVA A CASA.

El sí-mismo usa la psique individual como medio de transporte. El hombre es conducido, por así decirlo, a través del camino de la individuación.

Jung

El Triunfo del Tarot número VII (fig. 36) muestra a un joven rey vigoroso que lleva una insignia real y una corona de oro, de pie frente a nosotros en su carro. En el Enamorado, el héroe permanecía inmóvil en la encrucijada; este personaje real, sin embargo, parece saber a dónde va y estar ya en camino. Elevado por encima de la humanidad pedestre y enmarcado por cuatro postes, llama nuestra atención. El título de esta carta es el Carro; por implicación debemos considerar primero su vehículo.

La palabra «carro» trae a la mente muchas asociaciones. Puede ser beneficioso, pues, detenerse un momento para que pueda usted explorar algunas por sí mismo. ¿Piensa en Ben Hur y en victoria, en Alejandro y el dominio del mundo, o se imagina a Apolo, el dios del sol, cuyo carruaje todavía hoy domina los cielos? Quizá también recuerde al desgraciado Faetón, el hijo de Apolo, quien arrebató las riendas del poder prematuramente y fue derribado por el rayo de Zeus. Todas estas asociaciones pertenecen a esta carta, pues el carro es un vehículo de poder y conquista desde el cual el héroe puede marchar hacia la vida para explorar sus propias potencialidades y examinar sus propias limitaciones.

Quizá su primera asociación con esta carta surge desde el inconsciente, a través de una frase musical: «Swing low, sweet chariot comin' for to carry me home...» (nana espiritual negra: «mécame despacio, dulce carruaje que vienes para llevarme acasa...»). Esto también es muy apropiado aquí, ya que en un sentido psicológico el carro está diseñado para «llevarnos a casa». El viaje exterior no es sólo un símbolo del viaje interior, sino que es también el «vehículo» para nuestro autodescubrimiento. Aprendemos sobre nosotros mismos a través del compromiso con otros y yendo al encuentro de los desafíos de nuestro entorno.

Cada viaje ofrece numerosas oportunidades para nuevos conocimientos y también nos expone al riesgo de la desorientación. Estar solo en un país extraño, sin el apoyo de la familia, los vecinos o los amigos, crea un cierto momento de verdad, cuando el héroe puede descubrir quién es en realidad, o bien ser destruido por esa experiencia.

Sea o no consciente de la conexión existente entre el viaje interior y exterior, el joven que sale en busca de su fortuna, busca también un valor que eclipsa al simple oro mundano. Las leyendas sobre la conquista del mundo conocido de Alejandro le conectan con el triunfo del héroe sobre el misterioso mundo interior. También el largo viaje de Ulises de regreso al hogar se ha convertido en un paradigma para el viaje del autodescubrimiento, que finalmente nos devuelve, tras muchas luchas y confrontaciones con extraños monstruos, dioses y gigantes desconocidos, al centro al que uno realmente pertenece.

Simbólicamente, el carro tiene poderes celestiales, lo que le hace ser un conductor ideal en el viaje hacia la individuación. Como Carro del Sol, es el Gran Vehículo del Budismo esotérico. En la kábala es el carruaje con el que los creyentes ascienden hacia Dios y donde el alma humana se une con el alma del mundo. Así pues, puede actuar conectando al hombre con los dioses, como lo hicieron el carro místico de Elías y el carro de fuego de Ezequiel. Las ruedas del carro del Tarot se encuentran colocadas de lado, de una manera muy peculiar. El carruaje de Ezequiel tenía también unas ruedas muy especiales, que simbolizaban sus poderes numinosos. Quizá el Tarot quiere mostrarnos que este carro tiene también cualidades mágicas. En su diseño general se asemeja a las ilustraciones del carro de Ezequiel. Los dos son, en efecto, tronos móviles con cuatro soportes para un toldo, un diseño que hoy en día aún podemos observar en el palanquín que cubre al Papa

durante las procesiones religiosas. Hay una íntima conexión entre las figuras centrales del Carro y la del Papa, y esto es evidente en la distribución similar de ambas cartas.

En la carta número cinco, la figura central, situada dentro de un cuadrado formado por dos sacerdotes y dos columnas, representa un quinto elemento, aquél que trasciende los cuatro puntos del compás de la realidad ordinaria. En la carta que estudiamos ahora, el rey, enmarcado por los cuatro postes, también representa un elemento quintaesencial.

Personaje real por nacimiento, con poderes y privilegios especiales, se le sitúa por encima de la humanidad. Su corona dorada, como un halo, le conecta con la iluminación y la energía del sol. Aquí no está dibujado como una figura gigantesca, inmóvil en un trono distante; aparece a escala humana. Actúa como auriga, como fuerza orientadora, ubicada centralmente dentro del vehículo psíquico. Psicológicamente, esto podría significar que aquellos elementos que antes se habían proyectado a figuras externas (como un emperador o un papa) se han recogido e integrado como un principio orientador, un principio que opera dentro de la misma psique. A diferencia de las figuras masculinas de autoridad encontradas hasta ahora, este rey es un hombre joven, lo que indica que trae consigo nuevas energías y nuevas ideas.

El trono sobre el cual se halla sentado el Papa es fijo; el carro del rey admite mayor desplazamiento y flexibilidad. Su fuerza motriz se la proporcionan dos caballos. Estos forman una pareja curiosa, uno tan violentamente rojo y el otro tan insistentemente azul. Sin duda alguna, cada una de estas bestias se imagina ser ese «caballo de otro color» que aleja toda traza de monotonía, añadiendo sabor y color a nuestras vidas. Estos caballos pueden simbolizar los polos positivo y negativo de la energía animal tal y como existen en toda la naturaleza, el aspecto físico rojo y el aspecto espiritual azul.

En la carta número seis, dos mujeres antagonistas se enfrentan a la conciencia humana, manteniéndola paralizada, impidiendo el progreso del ego hasta que puedan quedar resueltos sus elementos conflictivos. Aparentemente el resultado ha sido un éxito, puesto que aquí los factores opuestos se nos muestran como una pareja de caballos tirando del carro. Aunque de ninguna manera sea una pareja perfecta, por lo menos avanzan.

¿Quién está a cargo de estas fogosas bestias? Podríamos esperar que el conductor sostuviera las riendas pero, para nuestro asombro, estos caballos no tienen riendas. Por el contrario, las bestias parecen surgir del mismo vehículo como si éste y ellos fueran parte de una misma entidad: un cuerpo psico-físico del cual el rey es, a la vez, continente y contenido. Gobernar con éxito este vehículo (y además hacerlo sin riendas) requeriría poderes gigantescos. Quizá los cuatro postes actúan como brújula.

Estos postes y el dosel que soportan forman un espacio relativamente seguro que protege al rey y frena sus energías. Podríamos pensar en ellas en términos de las cuatro funciones junguianas que son las cuatro columnas esenciales del ser psíquico. Dos de ellas son rojas y dos azules, imitando así los colores de los caballos. Nos indican que los aspectos diversos de la psique empiezan a actuar conjuntamente hacia una meta común.

Haciendo frente al problema reflejado en la carta anterior, el Enamorado ha creado ahora una estructura psíquica móvil dentro de la cual puede dirigirse hacia la vida. En su centro se encuentra un joven rey, símbolo de un principio activo dominante. Si es un gobernante decidido, no cabe duda de que espera que el toldo que le protege de los elementos va a hacerlo igualmente de los golpes y las flechas de aquel descarado pequeño Eros, cuyas actividades observamos anteriormente. Este joven gobernante va a necesitar toda la protección y estabilidad que pueda conseguir, pues está gobernando un vehículo inseguro. Como todos los vehículos de dos ruedas, requiere el perfecto equilibrio de su conductor. En principio, este rey podría actuar como un giróscopo, lo cual le ayudaría a mantener los opuestos en equilibrio.

Si a usted le gustase tener la experiencia de montar tal vehículo guiado por esta especie de giróscopo humano puede fácilmente hacerlo ahora mismo. Cierre los ojos e imagine que se encuentra sentado cómodamente en el carro, frente al rey. Sienta el traqueteo y el suave deslizarse del vehículo, así como la presencia tranquilizadora del rey. Oiga el seco y rítmico staccato de los cascos de los caballos. Imagínese ahora que está doblando una esquina. Inclínese con el movimiento. Y ahora, si se encuentra relajado y seguro, mantenga los ojos cerrados y disfrute del paisaje interior. Para empezar, puede imaginar que usted y su conductor van por un prado verde. Es primavera. Luce el sol. ¿Ha oído eso? ¿Qué ha sido? ¿El canto de una alondra de los prados? ¿Un niño . que llama?

¡Déjelo! De ahora en adelante, es su viaje privado. ¿Qué es lo próximo que va a suceder? Quizá pare a investigar qué es lo que oyó, quizá continúe. Acaso el escenario cambie así como el clima y encuentre personajes y animales diversos y tenga aventuras interesantes; o quizá decida que ha tenido suficiente por un día y pida al conductor que dé media vuelta para volver a casa. Hará exactamente lo que le pida. Puede pararlo en el momento que quiera. Cuando quiera hacer otro viaje, ya sabe dónde encontrar a este conductor. Tan sólo ha de extraer la carta número siete del Tarot, respirar profundamente, cerrar los ojos y partir.

Se ha hecho mucho últimamente para «hacer un viaje». Libros y revistas han explicado varios métodos para hacerlo. Se han sugerido la marihuana, el LSD y otras ayudas mecánicas para lograr este fin. Algunas son ilegales y peligrosas, y otras son perjudiciales para la salud mental o física. Los viajeros imaginativos encuentran innecesarias estas ayudas mecánicas. Han descubierto que tener este tipo de experiencias es realmente muy sencillo. Conocen un secreto con el que todos hemos nacido pero que algunos hemos olvidado. El secreto es éste: Todos y cada uno de nosotros tenemos a nuestra disposición un «carro» dispuesto para nuestro uso personal. Siempre está ahí, esperando que queramos embarcar en un viaje de la imaginación hacia el espacio interior. La razón de que sea tan fácil imaginar que estamos viajando en este vehículo mágico es que estamos haciéndolo siempre. Para darnos cuenta de ello, no tenemos más que cerrar los ojos y sintonizar.

Cada vez que lo hagamos, no tenemos más que sentarnos al lado del conductor y experimentar su esencia: está en sintonía con el destino. Ni conduce ni es conducido. Sube por el camino escabroso con fácil gracia. Su corona le conecta con el entendimiento dorado del sol. Dado que conduce por derecho divino, recibe la pauta divina de alguna manera misteriosa. Quizá, como nos sugiere Papus, las dos máscaras de sus hombros son los emblemas de Urim y de Thummim, objetos que los altos sacerdotes de Israel utilizaban para descubrir la voluntad de Jehová, o quizá sean símbolos de las luces conductoras del sol y de la luna.

El carro parece un símbolo apropiado para describir el poder conductor de la psique. La psique no es un objeto, una cosa: es un proceso. El movimiento es su esencia. Así como el paisaje exterior fluye mientras viajamos, así mismo, para el ojo interior, las imágenes se suceden como una película. Esto es lo que sintonizamos cuando cerramos nuestros ojos a la realidad exterior y, montados en este carro, emprendemos un viaje hacia nuestro interior. Estas imágenes, apenas vislumbradas, algunas veces totalmente irreconocidas, dan forma sin embargo a nuestra vida y acciones. Contienen la semilla misma de la vida.

La nueva vitalidad contenida en el Carro se nos muestra en las plantas y brotes nuevos que aparecen en primer plano. Así como cada planta se mueve o tiende hacia la propia expresión de la imagen única contenida en su semilla, la imagen del rey en el carro le conduce hacia adelante a realizar su destino único.

El número siete del Carro lo conecta con el destino y la transformación. En los dados, la suma de los lados opuestos es siete. En la Creación se han enumerado siete actos distintos de creación, según nos relata el Génesis, y en el proceso alquímico hay siete estadios de transformación bajo la influencia de siete planetas y de siete metales. En la filosofía oriental tenemos la ley de la armonía divina y también los siete chakras. No debe sorprendernos, pues, que el Carro nos marque una nueva era y su energía nos conduzca a la segunda fila horizontal, que se ha llamado con gran propiedad el Reino del Equilibrio.

Como veremos, cada tercera carta de la secuencia del Tarot señala, de modo similar, una transición de algún tipo. Se las ha llamado «cartas semilla», pues contienen la simiente para un nuevo crecimiento. El Emperador es una de estas cartas; otras son La Rueda de la Fortuna (con el diez), La Muerte (con el trece), La Torre (con el dieciséis) y El Sol (con el diecinueve). A partir de sus nombres podemos ver fácilmente cómo cada una de ellas es capaz de iniciar un nuevo ciclo de desarrollo.

El Emperador marca una transición desde la infancia y la niñez hacia la juventud, de ser albergado por la madre y la familia íntima a ocupar un lugar entre un grupo social más amplio, dominado por poderosas figuras varoniles que simbolizan el principio masculino. El Carro indica otra iniciación. Aquí el héroe se presenta como un adulto que quiere encontrar su lugar individual en un contexto social más amplio. Al hacerlo, descubrirá sus propias potencialidades y limitaciones. Como dice Jung: «Nuestra personalidad se desarrolla a lo largo de nuestra vida, a partir de gérmenes que es difícil o imposible descubrir y son nuestros hechos solamente los que revelarán quiénes somos».

A través de la forma en que el joven Enamorado resuelva su conflicto se nos revelará una estructura psíquica: el carro que le llevará adelante, hacia la vida. Jung cita un viejo texto de la alquimia que puede aclararnos la situación dibujada en el Carro. Después del diluvio, dice que «el Carro ha de ser conducido a tierra seca».3 Es como si el Enamorado, que estaba antes sumergido en los problemas de la emoción, hubiese conducido ahora su carro psico-físico hacia una realidad más sólida, donde puede actuar de manera satisfactoria.

En el centro de este vehículo hay un rey, un principio conductor superior a la consciencia del ego. Un rey reina por poder divino. Sus poderes son a la vez trascendentes e immanentes, a la vez divinos y humanos. Por esto puede simbolizar una función mediadora entre Dios y los hombres. En la simbología cristiana, esta figura aparece a menudo como Cristo Rey, Dios hecho hombre, que habita entre nosotros, nuestra parte más noble.

El rey representado aquí no tiene esta talla, es todavía joven e inexperto. Lleva dentro de sí la semilla para un crecimiento posterior. Su apariencia nos indica que tiene dotes para darse cuenta de ello por sí solo. El ego (que se dibujó anteriormente como el Enamorado) era manipulado desde el cielo por una figura arquetípica que no podía ver. Ahora aparece un principio rector, que le rige desde dentro de la psique. Desde lo más hondo del pecho de este joven ego surgen ahora atisbos de un poder que va más allá de su limitada consciencia. Aquí es donde capta las primeras intuiciones de su psique humana, como instrumento a través del cual se manifestará lo más hondo de sí mismo. Capta por primera vez la visión de sí-mismo, en su función de conductor de lo consciente, y relaciona por primera vez su suerte personal con el destino más amplio.

En vista del gran papel que juega aquí el conductor real de este carruaje, parece extraño que la carta que observamos se llame «El Carro» en vez de llevar, como hasta ahora (en las cartas anteriores), el nombre del personaje principal. Ya que el Tarot nos induce directamente a hacerlo así, volvamos a observar el vehículo del rey. En su frente aparece una barra horizontal que la cruza por en medio, como formando una rígida barrera entre «arriba» y «abajo». Separa al conductor (fuerza conductora) de sus caballos (la energía del

instinto que le puede impulsar hacia adelante). Por debajo de esta barra podemos ver un escudo con las iniciales «S M», el monograma personal del rey, del cual también queda separado. Este joven, tan empeñado en ejecutar su papel de rey, se ha colocado a sí mismo por encima de su naturaleza animal y de su identidad individual de ser humano mortal. Se representa a sí mismo como superior a sus instintos humanos.

Detrás del carro, podemos observar las dos ruedas problemáticas de las que ya hablamos anteriormente. Aunque quizá sean las apropiadas para carros de fuego que atraviesan los cielos, son un equipamiento bien poco útil para viajar por tierra firme. De estas ruedas y de todo lo que pasa por abajo, el rey parece no apercebirse. Soñando metas futuras, ignora las pequeñas plantas verdes que se hallan inmediatamente debajo de él y que van a ser pisoteadas por los cascos de sus caballos. Incluso un rey (especialmente él) no puede pasar con éxito por encima de las realidades de su reino.

Hemos dicho que este personaje representa una presencia arquetípica que va más allá del ego. Si es así, ¿qué ha sido del ego-Enamorado? En principio podría aparecer como un pasajero en este carruaje, para ayudar al rey a conducir, manteniéndole en contacto con las realidades de la experiencia humana. Pero no aparece por ningún Hado en este dibujo. Ya que no vemos ninguna figura humana, hemos de llegar a la conclusión de que el Enamorado se ha coronado a sí mismo rey, y ahora representa su conciencia humana individual como el conductor real que conducirá su destino.

Su victoria sobre las dos mujeres de la carta anterior, comprensiblemente, ha dado al Enamorado una noción exagerada del poder de su ego masculino. Sin darse cuenta de que todavía lleva la herida producida por el dardo de Eros, imagina ahora que está por encima de toda naturaleza instintiva. Antes se nos presentaba profundamente anclado en las realidades terrenales; ahora se presenta totalmente por encima de ellas. Antes, atrapado entre dos mujeres y expuesto a acontecimientos inesperados procedentes del cielo. Imagina ahora que viaja solo y libre, inmune a cualquier encuentro con lo irracional. Evidentemente, siente que puede galopar a campo través hacia cualquier meta que escoja. Si este ego recién plumado imagina que posee poderes y derechos sobrehumanos, se encuentra destinado a sorpresas desagradables, como veremos a través del desarrollo de nuestra historia.

El Carro representa un estado de engreimiento del ego al que los antiguos llamaban «hybris». En términos psicológicos, representa una situación en la que el ego, o centro de la conciencia individual, se ha identificado con una figura arquetípica (se imagina que se ha convertido en ...) y trasciende los límites humanos.

En la mayoría de las barajas de Tarot, el Carro se nos presenta como una carta totalmente positiva sin traza alguna de que el personaje central esté pasando por el engreimiento. La única excepción que conozco está representada en la figura 37. En este raro Tarot hecho a mano, el conductor se nos muestra como un bebé desnudo, ingenuo, indefenso y vulnerable. Está sentado con dificultad en lo alto de su carro, agitando en su mano un par de banderas en las que se puede leer, en una FAMA y en la otra VOLA. Si la búsqueda de fama es el principio que le guía, este precoz héroe está yendo de cabeza hacia el desastre, pues «la fama vuela» (es efímera).

El grabado en madera en el cual se le representa es tan antiguo como sabio. Pertenece a una baraja italiana de edición limitada, pintada a mano y hecha en Florencia. El molde original del que se ha sacado esta copia ha sido utilizado, sin duda alguna, de generación en generación. Esta ilustración nos da una idea de cómo eran las primitivas cartas del Tarot que una persona sencilla podía encontrar. La tosquedad de su realización contrasta con otros Tarots que hoy en día se conservan en museos, tales como por ejemplo el «Tarot Sforza», un excelente ejemplo del siglo XV (fig. 2 p. 21). El elegante dibujo, así como la

bella pintura y ejecución de las cartas de Sforza (y de otras que han sobrevivido como tesoros de familia) fueron el trabajo de artistas profesionales, que los hacían por encargo de familias reales o nobles con motivo de festividades tales como bodas o en celebraciones de otro tipo. Se piensa que la razón por la cual estas barajas se han conservado en tan buen estado es que se las utilizaba raramente (aunque se las utilizaba) como cartas de juego, y se las conservaba y se las admiraba solamente como obras de arte.

En los mitos griegos, los mortales que iban más allá de los límites humanos eran abatidos por los dioses. Incluso los dioses y sus familiares eran alguna vez objeto de «hybris». Cuando Faetón, el hijo de Apolo, robó el carro de su padre por el placer de dar un paseo por el cielo, fue arrojado a las aguas y ahogado. Algunas veces, la fogosa intensidad del engreimiento puede extinguirse tan sólo con la completa inmersión de la conciencia en el amplio mar del inconsciente (significado simbólicamente en la muerte o su equivalente espiritual: la locura). El mismo Apolo no fue inmune a la «hybris», pero mostró más autoconocimiento que su hijo. Reconociendo sus limitaciones, buscó una ayuda adicional de los poderes del cielo. Esto se halla bellamente representado en una escultura de un sarcófago romano del siglo III. Muestra a Apolo sosteniendo las riendas de su carro solar, asistido por seres alados que le ayudan a conducir sus poderosos corceles a través del cielo.

Desgraciadamente, nuestro joven héroe debe adquirir aún esta humildad. Y parece haberse protegido o cerrado a cualquier posibilidad de ayuda del cielo, ya que el toldo que le protege del dardo de Eros le va a impedir recibir cualquier ayuda de arriba. Su única esperanza parece estar puesta en la sabiduría de las dos máscaras que lleva en sus hombros. Quizá, como hacían los bufones de las cortes, éstas le pueden susurrar al oído sabios consejos a este joven terco antes de que sea demasiado tarde.

Tal como van las cosas, conduce sin duda hacia la caída. Con esta ayuda y un poco de suerte, puede evitar un accidente fatal. Probablemente aterrizará en el barro; si sobrevive, el ego-Enamorado resurgirá restaurado para la humanidad, no llevando ya la corona dorada sobre su cabeza.

A pesar del aspecto negativo de la situación de nuestro joven héroe, el Carro marca un punto de partida muy importante en su desarrollo. Aunque puede identificarse con su «real-sí-mismo», no acaba de darse cuenta, a pesar de todo, de su existencia. Ha empezado a experimentar este joven y vigoroso principio conductor por entero dentro de sí, un poder con el que se siente íntimamente conectado. Ya nunca más proyectará toda la sabiduría y autoridad en barbudas figuras sobrehumanas que se hallan sentadas en tronos lejanos. Empieza a sentir que ya no necesita cruzar océanos o escalar cumbres en busca de consejo o advertencia.

En los mitos y los cuentos de hadas, la figura principal representa a menudo un joven rey o un príncipe que actúa como principio conductor o salvador del grupo colectivo. Su trabajo a menudo consiste en derribar un fiero dragón que había llevado la desolación y el hambre al país. Simbólicamente, este héroe-príncipe representa el impulso hacia una conciencia superior que conquistará la inercia del inconsciente (el dragón), restaurando el equilibrio psíquico para toda la comunidad. Como un personaje de valor, fortaleza y sabiduría extraordinarios, este joven ejecuta el drama de la individuación para el grupo generalmente débil e inconsciente. El arquetipo del héroe aparece muy diversificado en varios mitos, dependiendo siempre de las diferentes culturas de sus huéspedes. En la figura 38 podemos observar tres ejemplos diferentes de héroes míticos famosos. Arriba, a la izquierda, Superman, quien cortésmente repite a diario su milagro en la televisión y en las pantallas de cine, para admiración de jóvenes y mayores. Arriba, a la derecha, vemos al

héroe japonés matando a la Araña Gigante, símbolo del principio de madre-negativa, quien trata de impedirle su viaje hacia la consciencia, tratando de enredarle en su red fatal. En la imagen inferior podemos ver a San Jorge matando al dragón que guarda celosamente el tesoro de la conciencia de la humanidad (otra imagen de Madre Negativa). Von Franz define a tal héroe como una «figura arquetípica que presenta un modelo de ego que actúa de acuerdo con el sí-mismo».4 Pero la figura de este héroe no está siempre en equilibrio perfecto. Como subraya von Franz, podemos observar en estas historias un constante moverse del héroe como ego y como sí-mismo.

El héroe de la historia de nuestro Tarot no es una figura mítica de salvador que actúe en un drama cultural. Le vemos como un ser humano vulgar, preparado para emprender su viaje personal hacia la individuación. Sin embargo, mucho de lo que ha sido dicho sobre el héroe de los cuentos de hadas puede aplicarse también al personaje central de nuestra historia. Para que su reino interior no se convierta en un desierto estéril, debe también combatir y derribar al dragón de la inercia, debe también competir más allá de los límites de la inconsciente masa humana.

Su viaje también requerirá coraje, fuerza y sabiduría. Durante sus viajes, como veremos, habrá un constante ir y venir entre el ego y el sí-mismo. Dado que el desarrollo psicológico es un proceso en movimiento constante, habrá momentos (tales como el dibujado en El Carro) en que este joven ego, engreído por algún éxito, se identifique con su sí-mismo real, perdiendo contacto con su humanidad personal. En otros momentos, desconectado de su rey interior, nuestro héroe se convertirá de nuevo en el desamparado y mortal Enamorado, en una encrucijada con el sí-mismo, atrapado en un conflicto aparentemente insoluble.

Tradicionalmente, el héroe de los cuentos ha de sufrir una serie de pruebas; la primera de ellas, resistir la tentación de ser seducido por la regresiva involución con lo femenino (representado como madre, seductora, bestia, etc.). No es de extrañar que nuestro héroe salga de esta batalla con éxito y, por tanto, con un engrimiento de su ego. Éste fue el primero de sus obstáculos. Tendrá que enfrentarse a muchas pruebas como éstas antes de que su ego humano pueda establecer una identidad firme y mantener una relación duradera con el principio de su guía interior. En el transcurso de estas batallas cambiará y el real conductor asumirá nuevas formas, de dimensiones más amplias.

Para proseguir en cualquier viaje se necesita coraje y equilibrio. Comentando el significado alquímico del símbolo «Carro», Jung dice: «Si tomamos la carga del carro como la realización consciente de las cuatro funciones... surge entonces la pregunta de cómo estos factores divergentes que habían sido previamente apartados. .. van a comportarse, y qué va a hacer el ego con ellos».

Obviamente, esto sólo es el principio, habrá muchas trampas a lo largo del camino. Una de ellas puede ser el actuar durante el viaje solamente a nivel externo, evitando la oportunidad para la pregunta interna y la calma necesaria para conseguirlo. En tiempos pasados esto era privilegio de la alta sociedad y de los jubilados; hoy en día son básicamente los jóvenes los que se han convertido en nómadas perpetuos. Vagan en diversos tipos de caravanas, carruajes de su propia invención. Algunos de estos «conductores» están embarcados en una seria búsqueda formal de significado. Otros vagan sin meta para escapar a la vaciedad de sus vidas.

Parece útil que nos detengamos aquí para resaltar que el hecho de interpretar el Tarot solamente a nivel literal (ignorando su significado simbólico) es perder su mensaje. Por ejemplo, si pensamos en interpretar la situación arquetípica del Enamorado literalmente, podríamos pensar que podría tratar de liberarse de la madre, cayendo sin cesar de un romance a otro, sólo para encontrarse a sí mismo en una serie de triángulos emocionales

sin tener tiempo siquiera de asimilar cada experiencia. Como Don Juan, llegaría a estacionarse en una imagen de sí mismo, como el amante perfecto, en vez de avanzar en el descubrimiento de su propio carruaje y su rey interior.

Otro rodeo peligroso en el camino hacia la individuación es el uso de drogas. Algunos viajeros, impacientes en su viaje hacia la iluminación, creen poder apresurar su desarrollo mediante la depresión de la conciencia de su ego por el uso de elementos artificiales para conseguir una visión más amplia de su inconsciente. Aparte de los peligros que conlleva este «viaje» inducido con drogas, el viajero yerra la meta. Como cualquier viaje a un país extranjero, el ingrediente esencial no es el número de panorámicas, sonidos, personalidades y otros estímulos a los cuales pueda uno exponerse, sino que es el grado en que uno mismo puede relacionarse con ellos y asimilar estas experiencias.

En un estado inducido por el uso de drogas, la consciencia del ego está sumergida, a menudo completamente confundida con los contenidos del inconsciente, sin ningún poder para afrontar al monstruo que pudiera aparecer ni capacidad para interactuar con otros aspectos de este mundo desconocido. Así pues, si dirigimos nuestros viajes a este mundo desconocido de acuerdo con el ritmo natural presentado por los sueños, las fantasías, visiones y otras manifestaciones espontáneas del inconsciente, no estaremos totalmente inmersos en ellos y nuestro ego consciente podrá actuar y asimilar los materiales que se nos ofrezcan. Abreviando, podríamos decir que la diferencia entre el viaje imaginario descrito anteriormente y el «viaje» inducido por las drogas es la misma que existe entre un viaje voluntario o un rapto. Mientras es verdad que en ninguna excursión podemos planear con detalle exacto nuestra ruta ni prever nuestro destino específico, sí que es mucho más difícil, con nuestros ojos bien abiertos y un conductor experto como guía, que nos perdamos o que tengamos un final fatal.

Como Jung dijo repetidamente, la psique es un sistema que se regula por sí mismo. Mientras el consciente y el inconsciente estén en actividad, nuestro carruaje puede sufrir sacudidas violentas, pero es menos probable que vuelque, cosa que haría si sólo uno de los dos estuviera actuando. Si se vuelve a mirar la carta número 7 del Tarot, podemos ver cómo se ha representado esta situación. Aunque los caballos que tiran hacia adelante no parecen estar haciéndolo juntos, pueden, tratando de equilibrar uno las tendencias del otro, mantener el convoy en el camino, mientras que un sólo caballo caería en la cuneta.

Como estos caballos volubles nos sugieren, y como nos reitera el título de la próxima fila horizontal, el problema básico es ahora el equilibrio. A lo largo de todo el camino, nuestro héroe se verá enfrentado a nuevas paradojas confusas y podrá probar su habilidad para mantener la armonía y el equilibrio. Un acertijo implícito en esta carta y que va a mantener en vilo su intelecto (y el nuestro) a medida que avancemos juntos es éste: el pequeño ego no es el conductor real; cuanto más se dé cuenta de ello, más fácil será que crezca como ser humano de estatura real. Es como si, cuando nuestro héroe es capaz de decir con verdad «... no yo, sino mi Padre, que está en los cielos», entonces pueda decir humildemente: «yo y mi Padre somos uno».

Aquí, pues, aparece por fin nuestro héroe. No tiene la culpa si su viaje empieza como un viaje del ego. ¿Cómo, si no, podría haber encontrado el coraje para aparecer a la vida?

Un antiguo refrán, conocido seguramente por el lector, dice así: «Una vida sin pruebas no merece ser vivida». A eso un bufón moderno ha añadido el siguiente corolario: «y la vida no-vivida no merece ser examinada». Al desearle un buen viaje a nuestro héroe, esperamos que se arriesgue y tenga éxito, de manera que sus aventuras puedan examinarse en los posteriores capítulos.